

SOBRE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS

Los antiguos egipcios creían profundamente en otra vida, es decir en el más allá. Era por tanto necesario que en la tumba hubiera todo cuanto podía servir al difunto: manufacturas, ropas y comidas. Los parientes del fallecido se aplicaban para que nada faltara al fallecido. Las ofertas, no obstante, no tenían que ser exclusivamente hechas con objetos reales teniendo la creencia que tan solo el simulacro de una cosa es la cosa misma de manera que se ponían en el sepulcro una estelas sobre las cuales se diseñaba todo lo que podía ser necesario para el difunto.

El imponente sistema de defensa que mandó construir Sesotri III para delimitar la frontera con la Nubia, estaba constituido por catorce fortalezas entre las cuales se encontraban Buhen, Mirgissa, Shelfak, Semna Sud, Semna Ovest y Kumma.

La fortaleza situada ven la isla de Uronarti, en la alta Nubia, finalizaba esta línea de protección. Estos bastiones estaban edificados con ladrillos de barro (adobe) y presentaban unas murallas pintadas en blanco marfil, poseían pasajes cortos y alcanzaban albergar hasta doscientos soldados. Todas las fortalezas situadas en los alrededores de la segunda catarata fueron atragantadas por el lago Nasser después de la construcción de la presa de Assuan.

Para los antiguos egipcios el evento astronómico más importante del año era la levata elíaca de Sirio, llamada por ellos Soped, es decir cuando la estrella nacía contemporáneamente con el Sol justo en el mismo punto del horizonte. El fenómeno celeste se verificaba cada año el 19 de julio y era considerado el anuncio de una inminente inundación. Las aguas del Nilo empezaban de hecho a crecer precisamente en este periodo, arrastrando el precioso limo que se depositaría en los campos comportando abundancia y bienestar. El evento se consideraba tan crucial por la vida del país que paralelamente a la levata elíaca se hacía además coincidir el principio del año. En las antiguas representaciones pintadas Sirio se indica a menudo como una estrella sostenida en la mano por una divinidad masculina: se trata de Orión que se creía fuera el que arrastraba el brillante astro en el cielo. Por otro lado sobre las estrellas circunpolares los egipcios calculaban la eternidad. Eran llamadas Ikhemu-sek, o sea " las que no conocen la muerte ". El nombre deriva del hecho que nunca se ponen en el cielo nocturno. Los textos de las Pirámides afirman que a ellas se colegaba la existencia ultraterrena del faraón en la esperanza que su vida eterna pudiera seguir el destino de estos astros que nunca desaparecen de la vista del hombre.